

HONESTIDAD ⁽¹⁾



Pocos lugares más apacibles, más oreados por la brisa, más frescos y deliciosos, que la pradera de la Ascensión, ermita situada en lo alto de una montaña verde como la esmeralda, no lejos de nuestro Aizkorrri, rey de los montes guipuzcoanos.

Desde aquella elevada planicie se vé el mar, allá muy lejos, en forma de estrecha faja azul que parece un jirón desprendido del manto de la Virgen Inmaculada; se ven montañas tras montañas, todas verdes, todas salpicadas de caseríos, tan altos algunos de ellos, que las águilas y los buitres los conocen como á sus propios nidos.

A duras penas llega hasta la ermita la voz de un arroyo que bulle cristalino y juguetón en lo más profundo del barranco, besando al pasar, con sus labios de espuma, las torcidas raíces de los añosos y corpulentos robles y castaños, orgullo de aquellos lugares sombríos.

Es una tarde de Mayo, tarde de romería, llena de luz y de colores, y no parece sino que la alegría y el regocijo han sentado sus reales en aquella humilde plazoleta, al pie de la devota ermita, amorosamente protegidas una y otra por las frondosas copas de los castaños, en cuyas ramas cantan los pajarillos, alegres y parleros.

El sol, que ya declina, abriéndose paso con dificultad entre las hojas, procura hacer llegar hastala pradera siquiera algunos de sus cabe-

(1) El hecho que se vá á referir es histórico; sea dicho para honra de Guipúzcoa y de sus puras y tradicionales costumbres.

llos de oro, sólo para que se vea que pueden competir en hermosura con los de una gentil muchacaha que allí se solaza como las otras, pero más que las otras bella, graciosa y amable sobre sus compañeras, la más sencilla, la más honesta que jamás se vió, ni aún en tierra donde viven la honestidad y el recato como en su propia casa; envidia de las jóvenes, vehemente aspiración de los mozos, encanto: en fin, de aquellos contornos.

Catalina era el nombre de aquella flor del campo, tan hermosa y pura.

¡Juzgad si sería feliz el amor que por el suyo fuera correspondido!

Pues de tanta dicha gozaba un joven digno de ella, Sebastián, arrogante y simpático, bueno como el pan, alegre como las primeras notas de una dulzaina, alto y fuerte, el mozo más valiente de todas las cercanías.

Honrado y bueno era Sebastián, como llevo dicho; pero al fin era muchacho, y como tal tenia sus ribetes de pícaro y travieso.

Aquella tarde el diablillo de la travesura tenía gana de armarle una zancadilla.

Se acercó el mancebo muy solícito y obsequioso á Catalina, que estaba hecha un sol; le dijo que se preparase á salir de primera mano en un zortziko que él iba á bailar con otros compañeros, y Catalina sonrió satisfecha.

En esto, reparó Sebastián en que una punta de un pañuelo blanco como la nieve salía del bolsillo de su novia (pañuelo que la joven había puesto en él de propósito, para ofrecer uno de los extremos á su pareja cuando la sacaran al zortziko), y éste fué el momento escogido por el diablillo de la picardía, para decirle al muchacho no sé qué al oído.

Ello es que Sebastián sonrió maliciosamente; en un decir Jesús, tomó la puntita aquella con dos dedos, y rápido, disimulado y hábil como consumado prestidigitador, sacó el lienzo immaculado del bolsillo de la pobre Catalina, trasladándolo al suyo, sin que ella ni persona alguna cayera en cuenta del escamoteo.....

Ya para entonces el chistu ensayaba sus escalas y monerías de rui-señor; Jose Mari, el mejor bersolari de la comarca, templaba su tambor, en que solía hacer maravillas; apretábase la multitud para presenciar el típico y solemne espectáculo; íbase formando, en medio de la risa y el bullicio, la cadena de muchachos, á cuya cabeza descollaba el

novio de Catalina, y previo un redoble nutrido y largo, dió comienzo el baile.

Sebastián, erguido y sonriente, con la roja boina en la mano, luce su habilidad de consumado bailarín con elegancia y soltura, al compás de esa música viril y originalísima que viene á ser como la sinfonía del zortziko, y cuando ésta calló para que se oyera la del contrapás toda gracia y ternura, dos jóvenes de los de la cuerda se destacaron descubiertos á presentarse con la mayor compostura delante de Catalina, que ya los estaba esperando con una impaciencia perfectamente disimulada.

Todos tres, Catalina en medio, llevando consigo las miradas de las gentes, dieron vuelta entera al redondel, y colocáronse delante del aurrekolari.

Sebastián no se hubiera cambiado en aquel momento por el hombre más dichoso.

¿Quién lo podía ser más que él?

La presencia de la persona amada llenó de júbilo su corazón, y dió aún mayor ligereza, energía mayor, si cabe, á sus piernas de acero.

¡Y qué bella que estaba Catalina!

Fijos en los pies de Sebastián los grandes ojos pardos, llenos de luz y de modestia; un poco encendido con la satisfacción y cierta ligera vergüenza el dulce rostro de nieve; las manos juntas con naturalidad encantadora; esbelta, sencilla y digna, hubiera parecido una estatua, si el viento no jugara, ahuecándolo suavemente, con un pañuelo de vivos colores que le ceñía la garganta, para cruzarse con primorosa gracia sobre el pecho, algo agitado por la emoción.

Sebastián dió principio á la dulce tarea de bailar delante de su preferida, y no hubo salto, vuelta ni caída de costado, cabriola, trenzado rápido y menudo, nada de cuanto hace el orgullo de un bailarín de raza, que él no ejecutase, y ejecutase á la perfección, en obsequio de aquella angelical doncella, sueño de su alma de adolescente.

Cuando, al terminar el lucido paso, correspondió Catalina á tanta habilidad y tanto rendimiento con una ligera inclinación de cabeza, acompañada de imperceptible sonrisa (imperceptible si no es para Sebastián, que vió en ella un mundo de dicha), todas las manos aplaudieron con entusiasmo, en premio á la bien ejecutada labor, y también porque el público miraba con gran complacencia y simpatía los amores aquellos de los dos jóvenes campesinos, tanto que muchas veces solían

ser tema de conversación de las viejas acurrucadas junto al fuego en las interminables noches del invierno.....

Catalina, radiante y feliz, dió algunos pasos para formar parte de la cuerda, colocándose junto á Sebastián.

Echó mano al bolsillo..... pero lo encontró vacío.

Volvió á tentarlo turbada por la sorpresa y volvió á no encontrar lo que ella esperaba.

Su rostro entonces se encendió como la grana; apretó los labios; miró á todas partes; miró á Sebastián la inocente; le dijo no no sé qué con aquellos ojos suyos que hablaban, y no sabiendo dónde ponerlos, miró á la arena del piso, toda avergonzada y confusa.

A dos pasos de ella, un palito yacía en el suelo, negro y retorcido como culebra que duerme.

Viólo Catalina, y tuvo una inspiración en aquel momento.

Ligera como un rayo se lanza á cogerlo, tómalo por uno de sus extremos, y con un pudor y una gracia propios de los Angeles, ofrece el otro al pícaro de su novio, que con la mayor naturalidad la estaba mirando como aturdido, como quien nada comprende de aquella tardanza y aquel apuro.....

Estalló una tempestad de aplausos en aquel momento, aplausos que no tenían fin, y Sebastián, sorprendido hasta lo indecible con aquel rasgo de su novia, pasando en un instante, con gran confusión suya, de embromador á embromado, quedó corrido como una mona, aunque él, con energía, procuró disimularlo.

Pero su misma confusión le llenaba de orgullo, pues mientras sentía el mancebo que rojas llamaradas de vergüenza le asaltaban el rostro, hasta entonces sereno, una voz interior le estaba diciendo muy quedito (voz que resonaba dulcemente dentro de su corazón), que como Catalina, aquella perla suya, y sólo suya, no había nada en el mundo.....

.....
.....
.....

Cuando al anoecer, concluido ya todo, en esa hora poética en que la juventud, desparramada por las laderas, deja oír sus vibrantes y prolongados irrintzis de despedida; cuando en esa hora, digo, la bellissima pareja que también conocemos subía la empinada cuesta que á la vivienda de la doncella conducía, y el muchacho, con varonil franqueza, declaró á la joven quien era el autor del escamoteo y la intención con que

lo había hecho, aquella tímida gacela que se llamaba Catalina se detuvo, irguióse como si hubiera crecido en el momento, y con voz dulce, sí, porque la suya no podía ser de otro modo, pero con energía y dignidad de reina, contestó al atrevido mancebo:

—«Por ser tú quien eres y quererte yo como te quiero, te lo perdono; pero guárdate bien, Sebastián, de hacérmelo otra vez, porque aquel día tu Catalina dejaría de ser tuya para siempre....»

VICENTE DE MONZÓN.

